

del CNI. Para ello, el autor comienza estudiando los diversos modelos de inteligencia defendidos por los partidos políticos con representación parlamentaria y exponiendo cómo, a partir de ellos, se creó un nuevo servicio recogiendo principalmente las ideas del PP —que ocupaba el gobierno— y del PSOE —que era entonces el principal partido de la oposición—. Las páginas que siguen explican con detalle el organigrama y el funcionamiento del CNI y las diferencias entre éste y el CESID, así como los mecanismos de control estatal sobre sus actividades y el lugar que ocupa en la comunidad española de inteligencia. La última sección de esta cuarta parte discute la dimensión a la vez nacional e internacional de los nuevos retos a los que se enfrentan los servicios de inteligencia —terrorismo, narcotráfico, crimen organizado, delitos informáticos— y explica cómo el CNI, por apostar por un sistema unificado de inteligencia exterior e interior, se ha situado en la vanguardia mundial de este tipo de organizaciones. También incluye breves comentarios sobre la llegada de Zapatero al poder y sobre la situación mundial después del 11-S y el 11-M, además de una comparación del CNI con los servicios de inteligencia de otros países.

El *Anexo documental*, finalmente, contiene esquemas de la evolución de las estructuras informativas entre los siglos XVIII y XX, de los servicios de información republicano y nacional durante la guerra civil, y de las distintas organizaciones que se ocuparon del mismo tema durante el franquismo, así como tablas comparativas sobre la distribución geográfica y la organización de los servicios de inteligencia en diversos países y varios otros documentos de interés.

El profesor Díaz Fernández ha realizado un trabajo necesario y útil sobre los servicios de inteligencia españoles. El texto, de lectura amena y clara, mantiene en todo momento la atención del lector, a pesar de la complejidad del tema.

Lakeland Community College

MARCELINO C. MARCOS

CREACIÓN

Gopegui, Belén. *El padre de Blancanieves*. Barcelona, Anagrama, 2007. 337 pp.

Uno de los mandamientos más arraigados en el imaginario social es el de la inmovilidad o la incapacidad de acción frente al presente histórico. La imposición de una hegemonía que unifica en matrimonio a los sistemas políticos de las democracias liberales con los sistemas económicos del capitalismo, ha mermado el ánimo colectivo de hacer valer proyectos que cuestionen las redes de legitimación de los

nuevos órdenes globales. Ante esta circunstancia, la literatura contemporánea capta una sensibilidad del desencanto y la desilusión, debida a la ausencia de un referente generacional capaz de contener las dosis de conformismo y cinismo que administran las democracias actuales. Dentro de este contexto la novela *El padre de Blancanieves* (2007), de Belén Gopegui, ofrece un ejercicio de reflexión sobre la posición del sujeto en relación a su capacidad de comprometerse políticamente con una causa común. El texto expone las dificultades y las contradicciones alrededor de la consolidación de una organización ambiental capaz de formalizar líneas de acción colectiva. Este grupo reúne a personajes con determinadas características: estudiantes universitarios, futuros doctores, trabajadores con un ingreso mileurista, profesores de enseñanza secundaria, e investigadores que laboran dentro de la empresa privada. Se trata de una clase media consciente de las desigualdades sociales y de la influencia de las políticas del mercado en la vida diaria, por lo que su línea de impacto se limita a proyectos en pequeña escala.

La novela discute la ausencia de compromiso de la clase media y su falta de conciencia política. El caso que ilustra con mayor claridad esta posición es el de Enrique, padre de tres hijos y analista de sistemas en una empresa internacional. Su mayor temor gira en torno a la militancia de su hija Susana dentro de una organización ambiental, y el repentino distanciamiento de su esposa Manuela, a partir de un incidente que desbarata el orden emocional familiar. El contratiempo surge de una llamada telefónica de Manuela para exponer una queja al gerente del supermercado por el retraso en la entrega de alimentos. El repartidor —de nacionalidad ecuatoriana— es despedido del trabajo y se convierte en una sombra incómoda. Carlos Javier la culpa por haberlo dejado en la calle y la presiona para que le restituya el daño causado. El episodio conmociona la frágil burbuja de la estabilidad familiar, y el sentimiento de culpa provoca en Manuela un deseo de exilio voluntario en el interior de la ciudad, con el fin de separarse de su condición social y convivir con las personas que más sufren la marginación socioeconómica. En este retiro temporal comienza la escritura de un cuaderno que imita los diarios de Simone Weil, profesora de filosofía, proveniente de una familia burguesa que en el año de 1934 ingresó como peón en una fábrica para conocer otras formas de vida distintas a la suya.

En el texto de Gopegui hay un intento por exorcizar los fantasmas personales desde distintas posiciones: Enrique siente la amenaza del brote de violencia dentro de la organización en la que participa su hija Susana, e intenta disuadirla por distintas vías para alejarse del grupo; Manuela lucha por un acercamiento a la otredad distanciándose de las comodidades de casa; Goyo, ingeniero químico, cuestiona a quienes forman parte de los «normales», a aquellos que llegan

invictos a una determinada edad sin haber sufrido ningún tipo de trauma o trastorno que altere su existencia; Eloísa, que trabaja para una petrolera —también como ingeniera química—, reflexiona acerca de la desgastante presión del sistema capitalista dentro de las decisiones que toma el ser humano, en oposición a aquellos que aceptan un compromiso para toda la vida: «Hay hombres [...] que se pueden pasar años y años en los márgenes, que pueden soportar el miedo a ser barridos por la historia, a caer, a que la esquina se doble por completo y la realidad les deje fuera.» (42)

En una entrevista con la profesora de la Universidad Complutense Marta Rivera de la Cruz, Belén Gopegui destaca la idea del compromiso como forma de tomar partido y dar la cara: esta actitud le permite al sujeto decir lo que piensa pero también significa admitir un riesgo. En *Crítica de la razón cínica*, Peter Sloterdijk (1988) plantea la existencia de dos tipos de moral: la moral cínica y la moral kínica. La primera se explica en una fórmula sencilla que describe perfectamente la hegemonía global del sistema político-económico de quienes disponen del capital mundial: «Saben perfectamente lo que hacen, y aún así, continúan haciéndolo.» La segunda es de carácter contestatario, se rebela contra la anterior y la rechaza. La moral cínica permite que sus detractores la cuestionen abiertamente para luego descalificar la eficacia e impacto de sus planes alternativos revolucionarios. El enfrentamiento primordial en la novela es el de un grupo que intenta comprometerse políticamente —desde una moral kínica—, frente a una tendencia cínica extendida no sólo dentro de las estructuras de poder sino en la población en general: «Pero no quiero largarme. No quiero que me obliguen a largarme. No quiero que este capitalismo de mierda se meta en mi casa y me obligue a ponerme ciego de inteligencia emocional o de cinismo.» (77)

Gopegui parte de un compromiso político que se resiste a asumir con naturalidad las imposiciones de un imaginario social irreparable. Sin caer en una visión ingenua o maniquea, los personajes reconocen que su capacidad de impacto depende en gran medida de su pequeño grupo organizado, por lo que deciden poner a prueba un proyecto de filtración de gases a través de fotobiorreactores con algas. Desde las últimas décadas del siglo pasado, el tema del medio ambiente se ha convertido en un terreno fértil para la acción colectiva de generaciones desencantadas de las ideologías revolucionarias. El principio de la ciencia aplicada ha permitido que la biotecnología y la bioquímica resuelvan problemas locales por medio de la *praxis*. La dialéctica entre lucha política y ecología es uno de tantos frentes mundiales preocupados por la defensa de causas específicas: concienciación sobre el cambio climático, protección de los animales, grupos de apoyo a enfermos de SIDA, respeto y reconocimiento de las comunidades indígenas autónomas, entre otras. El gran acierto de Gopegui es pre-

sentar en el diálogo de los personajes las tensiones que se generan dentro de la organización de un grupo, en donde lo más difícil de lograr es la misión y el objetivo del mismo: «Antes de saber cómo hacer las cosas hay que saber lo que se quiere, y elegir lo que se quiere supone haber imaginado la vida.» (81) Esta idea de imaginar la vida conlleva la narración de la propia vida. Por tal motivo, el diálogo en la novela funciona como recurso catártico en donde se desentierran las dudas, temores y expectativas de cada uno de los personajes. Además, como estrategia formal, en los ocho capítulos emerge la voz de los «sujetos colectivos» a través de una primera persona que los humaniza, superando la idea popular de que los «sujetos colectivos» están destinados exclusivamente a la formulación de circulares, boletines y comunicados de prensa.

Frente a un legado de desencanto transmitido por las generaciones revolucionarias, Belén Gopegui propone una novela inteligente y abierta a la crítica de las posiciones de cada uno de los personajes. No se trata de una visión radical ni de una ruptura con la sociedad y el sistema, tampoco es una celebración de los movimientos de izquierda o una condena del orden neoliberal. Lo que sí hace es exponer los peligros de un idealismo sin aterrizar en proyectos específicos, o lo que resulta más grave, que ni siquiera el propio orden mundial permita la capacidad de pensar la sustitución del imaginario del presente histórico. La interpelación al lector es una constante en toda la novela para que no se convierta en el personaje del padre de Blanca Nieves, una figura que se sabe presente y que coexiste en la narración pero que se conforma con sólo mirar el drama, mientras la maestra maquina contra ella.

The Ohio State University

RAÚL DIEGO RIVERA HERNÁNDEZ